

LOS ULTIMOS LINCES DE LAS SIERRAS CENTRALES

Por RAMON GRANDE DEL BRIO

UNA ahusada columna de piedra rematada por una cabeza de lince y cuya basa consiste en una garra del citado animal, se encuentra en el museo arqueológico de Mérida (Badajoz). Se trata de una pieza, probablemente votiva, que aparece junto a otra de idéntico diseño, pero representando cabeza y garras de león. Los felinos gozaban de la atención de los pueblos orientales de la antigüedad, simbolizaban el espíritu de la muerte. Las influencias orientalistas alcanzaron diversos aspectos del mundo prerromano de la cuenca mediterránea, donde se repite el esquema del felino devorando una presa, escena que con frecuencia decora objetos de arte mueble, presentándose también sobre muros de tumbas etruscas.

No cabe duda que los felinos han recibido una considerable carga enigmática por parte del hombre. Carecen de la fascinación única que inspira la figura del lobo, pero su condición de animales furtivos, difícilmente observables en la Naturaleza, silenciosos y extraordinariamente ágiles, les ha conferido un carácter de esoterismo que ha perdurado hasta nuestros días.

El lince ha sostenido ese halo de misterio. El desconocimiento de su biología y costumbres ha alimentado durante mucho tiempo curiosas leyendas. La agudeza visual del felino ha sido destacada por las gentes como sinónimo de perfección óptica. Según la mitología, el héroe Linceo, participante en la expedición de los argonautas en busca del vellocino de oro y también en la cacería del jabalí de Calidón, podía ver a través de los cuerpos opacos. El lince figura en el episodio mitológico que protagoniza Linco, rey de Escitia. Este trató de asesinar al personaje difusor del cultivo del trigo, pero Démeter, la diosa madre de la Tierra, convirtió al rey en lince.

En fin, los platos ceremoniales ibéricos —páteras— hallados en Tivisa (Tarragona) y fechados en



Fot. Grande del Brío.



Fot. Grande del Brío.

torno a los siglos III-II a. de C., muestran diversas escenas de tipo religioso en las que la figura del felino aparece junto a la de sacerdotes «daimones». En otros casos, los felinos se presentan en actitud de atacar a jabalíes o a otros animales. El carácter funerario de los felinos ha sido puesto de relieve por el profesor García y Bellido, así como también por el profesor Blázquez, quienes se refieren a la significación de los felinos como elementos de concomitancias tanatológicas.

En peligro de extinción

El lince (*Linx pardina*) o lobo cerval es en la actualidad una de las especies más amenazadas de extinción en España. Su hábitat originario ha ido reduciéndose a consecuencia de la intrusión de tipo antropógeno. La situación general de la especie es sencillamente dramática. Las micropoblaciones de lince salpican los enclaves ibéricos de más intrincada vegetación, pero se encuentran aisladas entre sí y con escasas posibilidades de alcanzar un *status* adecuado.

Varios son los factores que concurren en la obstaculización del proceso de reencuentro intraespecífico; la destrucción de los biotopos debe ser considerado como el más importante. En efecto, las plantaciones de pinos y eucaliptos han contribuido a la desaparición del lince en numerosos puntos del Occidente peninsular, pues se han llevado a cabo, a veces, a costa del bosque primigenio, y han conllevado, normalmente, el descuajamiento del sotobosque, que constituye el medio ideal donde el lince prospera. En algunos casos, por desgracia sumamente raros, parte del matorral ha sido conservado.

En las provincias de Salamanca y Cáceres, donde hemos venido realizando los estudios pertinentes, la regresión del lince podemos describirla en relación directa con el dismantelamiento de la cobertura vegetal autóctona y la sustitución de la misma por pinos y eucaliptos. Los aterrazamientos efectuados con tal motivo, empleando para ello maquinaria pesada, suponen una alteración importante del sustrato edáfico. Muchas especies de micromamíferos ven recortado su espacio vital, interrumpido por el rompimiento del suelo. Según nuestras propias investigaciones, el gasto de energía y la pérdida de relación ecológica que para la mayoría de las especies representa la rotura mecánica del suelo, con interrupción de la continuidad físico-geológica del mismo, se traduce en un efecto de «traumatismo» indirecto, de fatales consecuencias para aquéllas. El perjuicio alcanza, claro

está, a toda la comunidad viviente del biotopo, produciéndose entonces una serie de fisuras de tipo biogénico que a medio plazo pueden conducir, virtualmente, a la instauración de una serie de condiciones propiciadoras de un ambiente abiótico.

Al decretarse la prohibición de cazar lince, parecía que éstos iban a disfrutar, por fin, de una tregua. Desde el año 1966, fecha en que se estableció la feliz interdicción, la vigilancia del cumplimiento de las normas relativas a la protección del lobo cerval ibérico ha sido, en líneas generales, bastante efectiva, si bien esto no garantiza en modo alguno la supervivencia del animal.

Los lince ocupantes de biotopos acotados, convertidos en fincas son los que con demasiada frecuencia han visto diezmadadas sus poblaciones. El empleo de cebos envenenados, la colocación de cebos, las prácticas de caza furtiva y otros procedimientos destructivos suponen un grave peligro para los depredadores. Esta serie de malhadadas operaciones de exterminio provocan un sutil desajuste del ecosistema. Para quienes únicamente «ven» lo evidente» pasan inadvertidos los síntomas menos espectaculares. Esto es debido a que en la Naturaleza los diferentes procesos de intercambio biogénico, de regulación ecológica y, en último término, de armonía, dentro del ecosistema, no se intertentan siempre de una manera ostensible. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la ausencia de depredadores en sus hábitats originarios constituye un claro indicio, por sí mismo, de la modificación que afecta a la cadena vital. A pesar de que, en apariencia, nada haya cambiado.

Un avance de nuestro estudio en las sierras meridionales de Salamanca

El autor del presente artículo ha centrado sus investigaciones acerca del lince en los enclaves donde la especie ocupa en el límite meridional de la provincia de Salamanca y localidades más norteñas de la cacereña comarca de Las Hurdes. En total, los lugares donde hemos conseguido localizar una pequeña población de lince abarcan una extensión de unas tres mil quinientas hectáreas.

Se trata de una serie de valles que presentan una vegetación típicamente mediterránea y en los que se ha desarrollado una cobertura vegetal sustancial por degradación del primitivo bosque. En conjunto, las características generales de los biotopos en cuestión permiten encuadrar éstos dentro del grado *Quercus ilex* Schmid, con predominio de especies de porte arbustivo —*Arbutus unedo*, *Cistus*



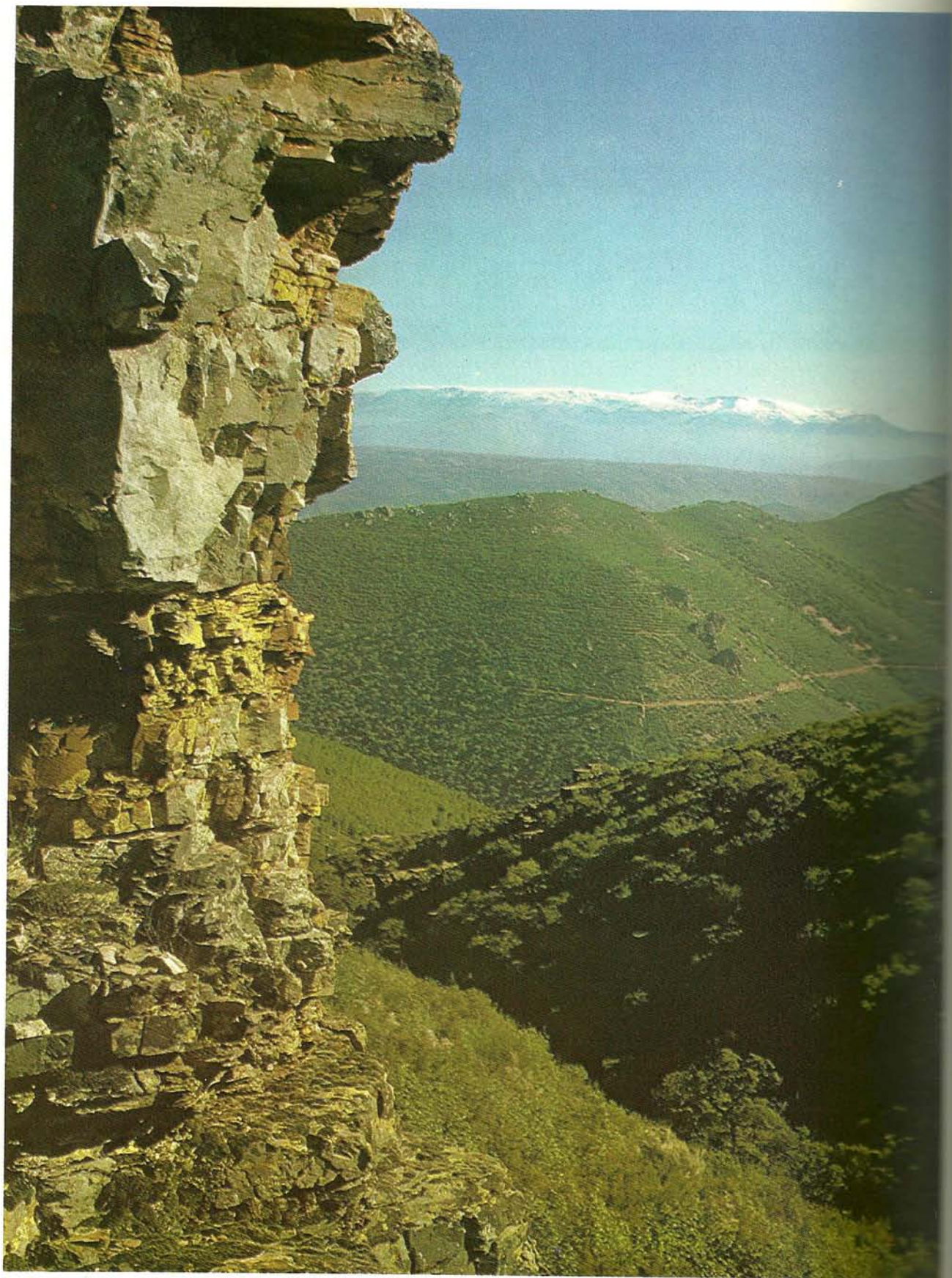
Fot. Camoyán/ICF.

salvifolius, *Erica australis*, *Cytisus striatus*, etc.—. En algunos casos, como ocurre en el término de Herguijuela de la Sierra, el bosque esclerófilo basal, formado por bosquetes de *Quercus ilex* y *Quercus suber*, alterna con el de influencia eurosiberiana, nemoral, identificado a través de diversas especies, entre las que cabe citar *Castanea sativa* y *Quercus pyrenaica*, señalándose además como curiosidad la presencia de un ejemplar relicto de haya (*Fagus sylvatica*). Esta formación se asienta sobre un suelo silíceo constituido por granito. En el resto de los valles son las cuarcitas silúricas y ordovícicas las que prestan su particular fisonomía al paisaje, facilitando la proliferación de canchales desparramados por las laderas, lo que imprime un singular carácter agreste al entorno. Ello favorece extraordinariamente la conservación de ciertas especies animales amenazadas de extinción.

En el extremo suroriental de la provincia de Sala-

manca, la sierra de Gata alberga una reducida población de lince. No sabemos si existe en dicha área un fenómeno de dispersión de individuos, pero los estudios realizados por Garzón parecen indicar que no es así.

Por lo que se refiere a la sierra de Francia, podemos adelantar que hay lince en todos los valles limítrofes al de Las Batuecas, el cual constituye el núcleo principal. En él fueron muertos varios lince el mismo año en que el animal era declarado especie protegida. A lo largo de los últimos siete años, Alberto Hernando y yo hemos comprobado la existencia de lince en los valles a que nos estamos refiriendo. Lamentablemente, dos de éstos han sufrido una considerable degradación en el transcurso de los últimos años, de forma que la presencia del lince ha quedado reducida a incursiones esporádicas durante la época invernal, por lo general coincidiendo con la época de celo.



Hemos escuchado los broncos maullidos de los lince algunas noches de finales de enero, pero creemos que el período de celo puede fluctuar, según los casos.

En tres de los más recónditos valles hemos realizado observaciones directas sobre el lobo cervical. En los restantes enclaves, la detección de lince se ha llevado a cabo mediante el examen de las hue-llas y los excrementos.

En cuanto a la territorialidad de los moteados felinos diremos que, en uno de los casos, una pare-ja de lince se mueve en una zona de apenas seis-



Huellas de lince.

Fot. Camoyán/ICF.

cientas hectáreas, mientras que otro lince recorre habitualmente una zona cuya extensión es superior a las cuatrocientas hectáreas. La variabilidad en la extensión de los correspondientes territorios está en función de la capacidad biogenésica del biotopo y, más concretamente, en función de la densidad de presas. Significativamente, en un área de más de seis kilómetros cuadrados llegaron a compartir el mismo territorio hasta tres lince. Ahora es fre-cuente la presencia de algún que otro zorro, dentro de los límites acotados por uno de los lince que persisten en dicho territorio, habiendo actualmente una densidad máxima de un lince por cada cuatro kilómetros cuadrados en toda la zona considerada.

En uno de los valles, donde la intrusión de espe-cies alóctonas —procedentes de repoblación— no ha llegado a alterar sensiblemente la fisonomía ve-getal, los lince se mantienen en todas las épocas del año. En otro valle colindante se producen incur-siones esporádicas de los felinos moteados, proba-

blemente debido al hecho de encontrarse aquí con una tupida masa forestal de pinos. Con todo, al haber sido respetada parte de la vegetación autóctona, no se ha producido una situación crítica para el lince. Esto constituye un dato interesante a la hora de plantear las campañas de repoblación fo-renal. Al fin y al cabo, una cobertura vegetal autóctona resultante de la degradación del primitivo bos-que, es —en la mayoría de los casos— más apta para el desenvolvimiento de las distintas especies que un bosque artificialmente conseguido a base de masivas plantaciones de pinos o de eucaliptos.

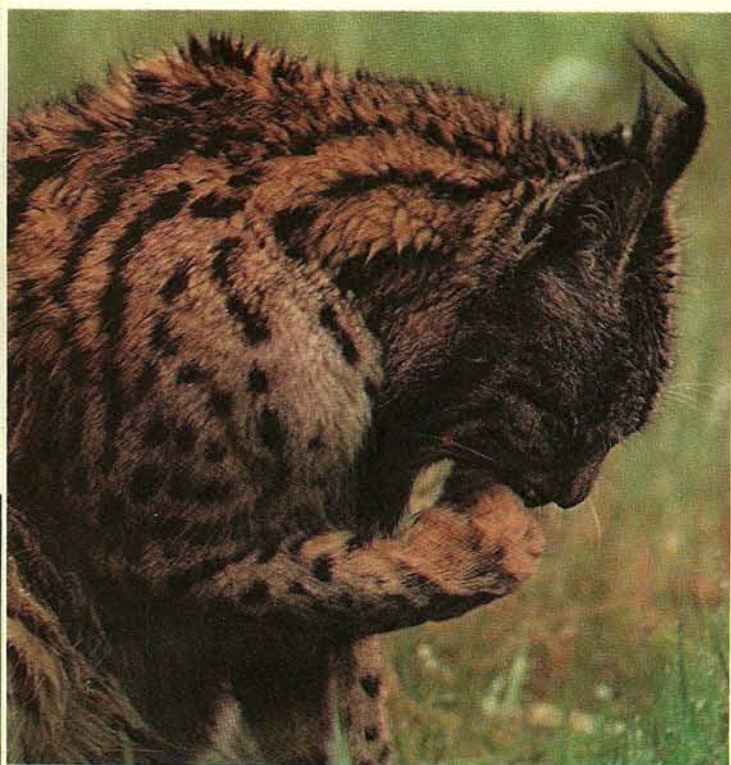


Contenidos estomacales.

Fot. Camoyán/ICF.

En todos los valles a que nos referimos se han efectuado plantaciones de pinos; en alguno, inclu-so de eucaliptos, si bien éstos representan una mí-nima parte. Con ello, se ha llegado a provocar una interrupción del biotopo, agravada por la apertura de pistas, que han favorecido la erosión, al tiempo que han destruido las sendas naturales utilizadas por los mamíferos en sus desplazamientos.

La negativa incidencia de los monocultivos sobre la población de lince es tan relevante que nosotros —en base a los datos recogidos sobre el terreno durante más de siete años— hemos podido seguir el proceso de regresión de dicha especie a partir de la invasión del biotopo mediterráneo por especies de coníferas —pinos— y frondosas —eucaliptos— alóc-tonas. En tres de los valles por nosotros estudiados han concurrido, además, otros factores negativos: labores de roza, que han hecho desaparecer el so-tobosque en algunos puntos, y rompimiento del suelo por aterrazamiento.



Fot. Camoyán/ICF.

El problema se ha agravado, en ocasiones, tras la fumigación con pesticidas a que fueron sometidos en su día los pinares de repoblación. También hay que contar, últimamente, con nuevos elementos perturbadores, representados por la rotura de la capa freática de manantiales, hecho que se ha producido como consecuencia del paso de tractores pesados.

Los refugios del lince constan de imponentes canchales y espesísima vegetación. La adscripción del felino a los bebederos es particularmente ostensible durante los meses de verano. Esto no representa un dato a analizar —trascendentemente— en el caso de los lince a que nos estamos refiriendo, puesto que el agua no escasea en estas áreas durante el verano. La actividad de los lince es irregular, a tenor de las estaciones. A este respecto, consignaremos el hecho de que es en los meses fríos, propiamente invernales, cuando las huellas de los lince pueden ser observadas a lo largo de la jornada diurna. En cambio, durante la temporada estival no hemos realizado observaciones en ese mismo sentido, salvo al amanecer y al atardecer; es decir, coincidiendo con las horas en que las temperaturas son más suaves. Tales son, por otra parte, los datos aportados por otros investigadores. Miguel Delibes y el doctor Valverde así lo hacen constar al referirse a los lince del coto de Doñana.

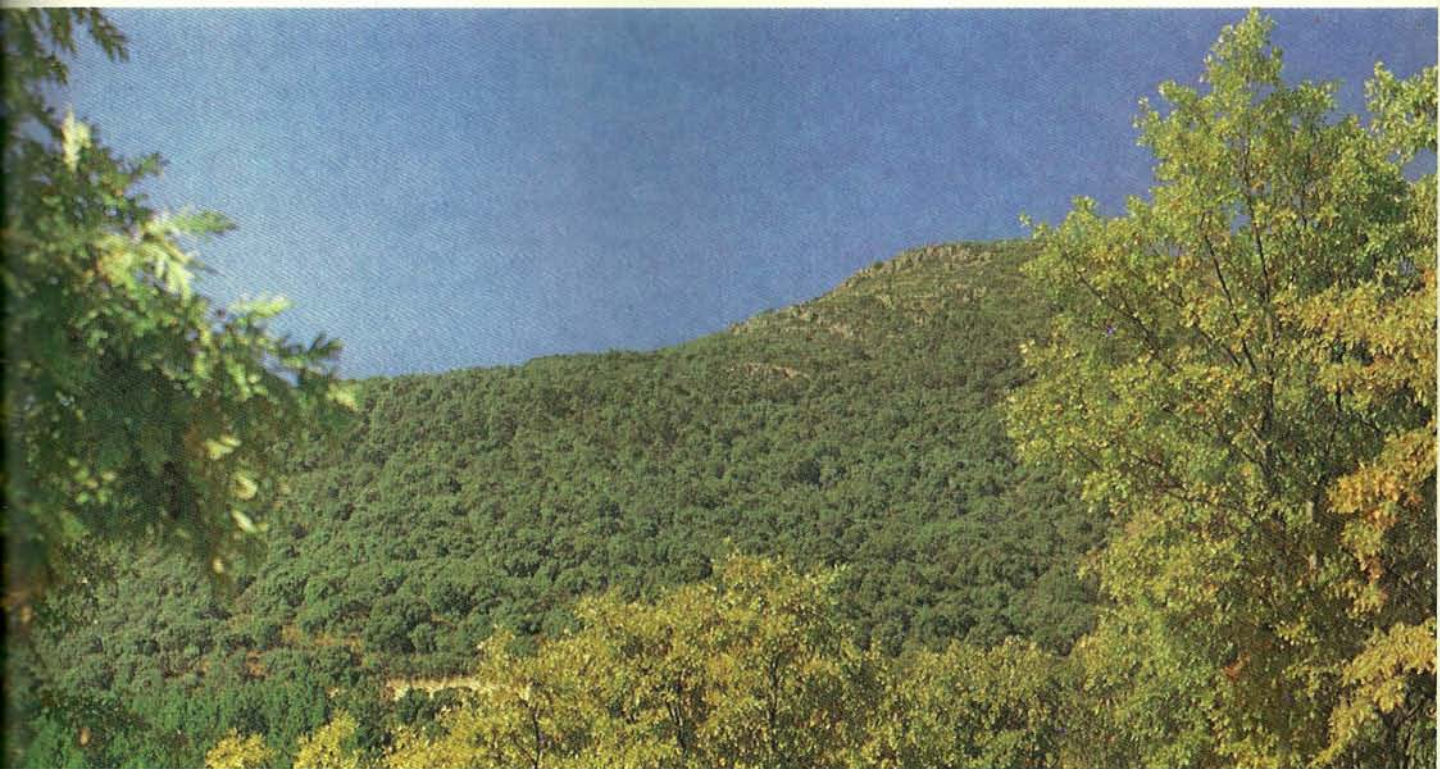
La proximidad de la cuerda montañosa que al

filo ya de Las Hurdes enlaza con otros puntos, más al sur, como Lagunilla y Valdelageve, donde Garzón y otros han señalado la existencia de lobos cervales, induce a contemplar con velado optimismo el futuro de la especie.* Los gatos manchados disponen, potencialmente, de un pasillo de unos veinte kilómetros de largo por diez de ancho para desenvolverse con cierta tranquilidad. Desde el norte de la Peña de Francia hasta el pantano de Gabriel y Galán podemos trazar una línea imaginaria, sin solución de continuidad, que marcaría los movimientos de dispersión del lince en la región para la cual tomamos como punto de referencia el valle de Las Batuecas. Otra línea de coordenadas que señalaría la presencia del lince —en un área mucho más restringida— alcanza el reducto montañoso de Las Quilamas, al noroeste de la zona ya mencionada.

Como oportunamente ha señalado Jesús Garzón, es de vital importancia el mantenimiento de las condiciones biofísicas naturales del área en cuestión, dentro de la cual hay que insertar, como participante y «responsable» —biogénicamente—, el núcleo orográfico denominado sierra de Béjar, lugar de comunicación de diversas especies de mamíferos.

Tal vez algún lector argumente que ponemos demasiado énfasis en señalar la presencia del lince en las sierras centrales. Pero en razón, precisamente, del grave problema de supervivencia con que se enfrentan las micropoblaciones de dichos felinos en las áreas extremeña y salmantina, está nuestro esfuerzo de patentizar el mismo. No queremos aspirar a proteger una especie recortando su espacio físico natural, aprisionando a sus individuos mediante la imposición de barreras artificiales. Por ello, no abogamos por el establecimiento de un programa de conservación de tipo «paternalista». Estamos firmemente convencidos de que la desaparición de una especie determinada nunca puede considerarse como ninguna forma de progreso. En el caso de los depredadores, hemos apelado a la idoneidad ecológica de cada uno de ellos. Sabemos, no obstante, que la idea del lince como animal «bonito» ha inducido a muchas gentes a estimar perentoria la conservación de la especie. Pero, al margen de la mayor o menor belleza del animal, hay que tomar en consideración primordialmente la importancia de sus funciones biológicas y ecológicas. La sutileza de los mecanismos vitales es tal, que la operatividad de éstos escapa normalmente a la percepción

(*) «Mammalia», n.º 3, 1975, pág. 387. M. Delibes, F. Palacios, J. Garzón y J. Castroviejo.



de los mejores disertadores. La observación directa mediante el estudio de cada especie en su ambiente, junto con el posterior trabajo de laboratorio, deben formar un ensamblaje en la investigación. Ello permitirá abarcar el mayor número de ángulos de visión en el tratamiento de cualquier cuestión que gire en torno a una especie cualquiera. El ambiente constituye un elemento de referencia indisociable del propio animal.

¿Linces en el Sistema Ibérico?

El macizo de las sierras de Segura y Alcaraz forma un complejo cárstico en el que abundan los contrafuertes rocosos y los valles intrincados, donde se han querido descubrir indicios de la existencia de linces.

Hacia el norte, el río Júcar surca formidables bancos de calizas, abrazado por una vegetación predominantemente de tipo subserial, que en muchos puntos de las sierras interiores de la provincia de Valencia se extiende sin interrupción, dando al paisaje un aspecto de maraña inextricable.

Nosotros hemos trabajado, a lo largo de cuatro campañas consecutivas, en excavaciones arqueológicas dirigidas por el doctor Fortea, en término de Dos Aguas (Valencia). Algunas incursiones particulares por la zona no me han proporcionado datos acerca de la posible existencia de linces. Hay abundancia de conejos, así como también ardillas y

otros roedores. En conjunto, el hábitat podría soportar potencialmente algún contingente de linces. Sin embargo, no hemos podido descubrir la presencia de éstos, a pesar de las ambiguas y esperanzadoras informaciones que eventualmente hemos recibido en tal sentido. Es probable que la intensa caza a que ha estado sometido el lince haya hecho desaparecer de la región del río Júcar todo vestigio de este felino.

El lince es ahora, en la mayoría de los biotopos donde se mantiene todavía, un animal aislado, desconectado de las poblaciones residuales, indefenso ante las bruscas transformaciones a que el hombre está sometiendo el ecosistema mediterráneo.

Nota

Noticias verbales recibidas de fuentes cercanas a la Dirección de Inspeção da Caça de Portugal, apuntan a la localización de linces en la sierra de Malcata, próxima a la salmantina sierra de Gata. Personalmente, nos inclinamos a pensar que se trata de observaciones relacionadas con la aparición de individuos erráticos procedentes de este último enclave.

Agradecimiento

El autor se complace en agradecer a Jesús Garzón Heydt y a Miguel Delibes de Castro el inestimable apoyo que de una u otra manera le han prestado, y cuyo buen hacer, en el campo del naturalismo, le ha servido de acicate. Me es grato dejar constancia del reconocimiento que guardo hacia dichos investigadores, ya que, gracias a ellos, el lince ha llegado a ser para el autor un motivo de estudio.

Asimismo, hago extensivo mi agradecimiento a Alberto Hernández Ayala, quien me ha acompañado en varias ocasiones en mis correrías por las sierras salmantinas.